¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V3

Capitulo 103: La madre del amigo de mi hija.

Con Rosvisser volando a toda velocidad, alcanzarían al Clan del Dragón Marino antes de que el hechizo de curación de Tigre desapareciera.

Mientras volaban, Rebecca le explicó a León los acontecimientos que condujeron a ese momento.



Hace un par de semanas, el padre de Martin lo llevó a un banquete real. Era una oportunidad excepcional para recabar información sobre los líderes corruptos del imperio, así que Martin trajo en secreto una piedra de grabación y asistió.

"En el banquete estuvieron presentes tanto el rey Kant como la reina Isabel, y el motivo principal de la reunión fue celebrar el ascenso de Scott".

"Debido al alboroto de Konstantin, el ex comandante del Cuerpo Imperial de Matanza de Dragones, Elandi, fue destituido por el Rey Kant, y Scott tomó su lugar".

"A mitad del banquete, el rey Kant, la reina Isabel y Scott comenzaron a hablar en voz baja".

Martin aprovechó la oportunidad y metió la piedra de grabación en el bolsillo del asistente de Scott. Tras terminar su conversación, Martin recuperó la piedra sin que nadie se diera cuenta.

Rebecca le entregó la piedra de grabación a León mientras hablaba.

León lo activó, escuchando atentamente la arriesgada conversación que Martín había grabado.

El Proyecto Espada avanza a la perfección. Incluso sin Leon, podemos colaborar con algunos Reyes Dragón y controlar esta guerra fácilmente como antes.

"La reina es sabia."



Todo es gracias a ti, Scott. He oído que formaste personalmente el Trío de Cuchillas. Le has hecho un gran favor al imperio.

Gracias, mi reina. Simplemente hice lo que era necesario.

Bien. Con tanta dedicación, eres cien veces mejor que Cosmod. Ese idiota nunca supo cuál era su lugar; de lo contrario, no habría terminado siendo buscado.

"…"

La conversación coincidía con todo lo que León había descubierto de Konstantin. Para agotar los recursos del pueblo, el imperio prolongó la guerra con la cooperación de algunos Reyes Dragón, lo que provocó un conflicto y sufrimiento interminables.

León apretó con fuerza la piedra de grabación.

Esto era todo: la última y fundamental pieza de evidencia que necesitaba para derribar a ese despreciable emperador Kant.

Gracias, Rebecca. Esto... esto es esencial. Es suficiente para exponer la fealdad del imperio.

—Gracias, Martin —respondió Rebecca con una sonrisa amarga—. El pobre chico quedó tan conmocionado que apenas pudo mantenerse en pie. Dijo que no se habría atrevido a hacer algo tan peligroso de no ser por ti. Que lo atraparan podría haberle costado la cabeza.



Ese chico, Martín... había arriesgado todo por León.

León miró la piedra de registro, memorizando la lealtad y el sacrificio de sus camaradas.

—Mi padre y yo planeábamos entregarte la piedra de registro en esta reunión —continuó Rebecca—. Pero en el camino, el Trío de las Cuchillas nos tendió una emboscada. Mi padre resultó gravemente herido, así que lo escondí en una cueva y atraje a los perseguidores, con la esperanza de resistir hasta que llegaras.

No sólo Martín sino también Rebecca estaban dispuestos a hacer sacrificios.

¿Por qué siguieron a León con tan inquebrantable lealtad?

La razón era simple: durante su tiempo en el Cuerpo Imperial de Matanza de Dragones, León los había salvado innumerables veces del borde de la muerte.

Sin León, la mayoría de ellos probablemente estarían muertos hace mucho tiempo.

Una vez fueron los soldados más leales de León. Ahora estaban dispuestos a caminar a través del fuego por él.

León miró a su amo inconsciente, Tigre, con una tormenta de emociones conflictivas.



El anciano, habitualmente tan lleno de vida, ahora yacía inmóvil, con la herida de su corazón apenas contenida por la magia curativa.

León luchó por reprimir la culpa. Tigre había resultado herido por su culpa, y si ocurría lo peor, no tenía ni idea de cómo podría enfrentar a la esposa de su amo.

León siempre había odiado las separaciones trágicas, pero ahora, una parecía estar desarrollándose justo frente a él.

Sostuvo con fuerza la mano arrugada de su amo, rezando para que el anciano sobreviviera a esta terrible experiencia.

-Capitán, ¿por qué vamos al Clan del Dragón Marino? ¿Hay alguien allí que pueda salvarlo? -preguntó Rebecca.

León dudó. "No... no lo sé."

Rebecca arqueó una ceja. "Espera, ¿qué? ¿Así que nos vamos? ¿Y si se revela tu identidad humana?"

La mirada de León era firme mientras observaba a su amo. «Dijo que me fuera, así que iré. A estas alturas, mi identidad es lo de menos».

Rebecca asintió en señal de comprensión, pero luego preguntó: "¿Conoces a alguien del Clan del Dragón Marino?"



-La verdad es que sí -respondió León con una sonrisa burlona-. Conozco a la madre de la amiga de mi hija.

¿No es exagerado? ¿Cuánto la conoces? ¿Está al punto o bien hecha? —Rebecca suspiró, cubriéndose la cara con las manos.

Lanzó una mirada sombría a Tigre, que yacía indefenso sobre el lomo del dragón. "Pero en serio... ¿por qué quiere ir allí ahora?"

Cuando Tigre mencionó por primera vez al Clan del Dragón Marino, León sintió una extraña sensación de inevitabilidad en lugar de sorpresa.

A través de los libros *Nine Hells Gates* y *Soul's Verdict*, ambos escritos por Claudia, Leon y Rosvisser habían sospechado que su maestro podría tener conexiones con los Dragones Marinos.

Quizás alguien o algo allí realmente podría salvarlo.

Quizás fue Claudia...

León no podía estar seguro. Solo lo sabrían cuando llegaran al Clan del Dragón Marino.

Después de varias horas de vuelo sin parar, finalmente llegaron a una pequeña isla rodeada de un océano infinito.



Aunque pequeño, era lo suficientemente grande para aterrizar.

Rosvisser cambió a su forma humana y señaló hacia el mar abierto.

Más allá de aquí se encuentra el Mar de la Atlántida, territorio del Clan del Dragón Marino. No podemos ir más lejos.

-¿Qué? ¿Por qué no? Ya estamos aquí; mejor entremos - argumentó Rebecca.

Rosvisser bajó la mano y miró a Rebecca, explicando pacientemente.

Hemos volado hasta aquí sin avisar al Rey Dragón Marino. Esto podría interpretarse como un acto hostil. Si procedemos, no dudarán en atacarnos. Para salvar a Tiger, Rosvisser ya había roto algunas reglas. Previamente le había dicho a Leon que los Reyes Dragón no tenían libertad para adentrarse en otros territorios sin arriesgarse a malentendidos.

Pero el tiempo apremiaba, y no podían permitirse el lujo de contenerse. Volar tan lejos era lo máximo que Rosvisser podía hacer sin provocar una confrontación abierta.

-Entonces, ¿qué hacemos? -empezó Rebecca, pero fue interrumpida por un violento ataque de tos de Tiger, con sangre manando de su pecho.



"¡Maestro!"

León corrió a su lado y se arrodilló junto a él.

"¿Ya llegamos?" preguntó Tigre débilmente.

"Estamos en el límite del territorio del Dragón Marino, Maestro".

"Entonces... tal vez... aún pueda verla..."

León se acercó, con urgencia en la voz. "¿A quién ver, Maestro? Dime su nombre. ¡La encontraré!"

Pero la fuerza de Tigre estaba menguando y ya no podía mantener los ojos abiertos.

-¿Amo? ¡Amo! ¡Despierta! -gritó León con la voz desesperada.

Rebecca lo revisó rápidamente. «El hechizo de curación solo durará una hora más, quizá menos. Necesitamos encontrar a alguien que pueda salvarlo ya».

León se mordió el labio, pensando con furia. Se levantó y caminó junto a Rosvisser.

"No hay manera de que podamos ir más lejos, ¿verdad?" preguntó.



Rosvisser asintió levemente. «Lo siento, Leon».

—Tranquilo. Gracias, Rosvisser, por traernos aquí —dijo León, con una mirada de agradecimiento.

Rosvisser contempló el vasto océano. "¿Pero qué harás? Sin guía, nunca encontraremos el Santuario del Dragón Marino".

¿Qué haría él?

León no tenía respuesta. Había llegado hasta allí, impulsado únicamente por la última petición de Tigre: «Ve al Clan del Dragón Marino».

Pero ahora que estaban allí ¿qué podían hacer?

¿Se suponía que debía simplemente sentarse en la orilla, mirando las olas y escuchando la respiración debilitada de su amo, esperando que sucediera lo peor?

No.

En absoluto.

León corrió hasta la orilla del agua, llenando sus pulmones de aire antes de gritar a todo pulmón:

¡CLAUDIA! ¡CLAUDIA, ME OYES! ¡POR FAVOR, TE LO SUPLICO, SALVA A MI AMO!



Era una forma absurdamente primitiva de pedir ayuda, pero León no podía quedarse allí sin hacer nada.

"¡CLAUDIA!" gritó de nuevo, su voz resonando en el mar infinito y desapareciendo en el viento.

Rebecca parpadeó, mirándolo con los ojos muy abiertos. No sabía quién era esa Claudia, pero...

-;CLAUDIA! ;POR FAVOR, AYÚDANOS A SALVARLO! - gritó, uniéndose a la multitud.

";CLAUDIA!"

Y así, los dos permanecieron uno al lado del otro en el borde del agua, turnándose para gritar hasta que sus voces se volvieron roncas.

Finalmente, cuando la voz de Rebecca se apagó por completo, se quedaron en silencio.

El mar permaneció en calma, imperturbable, sin ni siquiera una onda a la vista.

Una ola de desesperación se apoderó de León mientras miraba fijamente el océano vacío.



Abrió la boca y su voz se quebró mientras lo intentaba una última vez.

"Claudia... por favor... por favor..."

Con una tos ahogada, se dejó caer de rodillas en la orilla, sus manos temblando mientras se sostenía.

"¿Por qué... por qué tiene que ser así..."

-Capitán... -murmuró Rebecca.

León había vencido a la muerte innumerables veces, pero la muerte solo necesitaba una victoria.

En ese momento de desesperación, una brisa los azotó, trayendo una voz familiar y tranquilizadora.

"Pararse en la puerta de alguien y gritar así...; no tienes modales?"

Sobresaltados, alzaron la vista y vieron una elegante figura de pie sobre una roca cercana, con los brazos cruzados. Su larga cabellera azul marino se mecía suavemente con la brisa.

> Era Claudia. Traducido por:

> Gคฃ๏ - RexScan

